



El nuevo sistema internacional

Director de la Investigación:
Pierre Gilhodes

Investigadores:
Eduardo Huertas
Mario Quintero
Estudiantes de la Facultad de Finanzas
y Relaciones Internacionales de la
Universidad Externado de Colombia.



I. EL MUNDO BIPOLAR

Entre agosto y diciembre de 1991, con el intento de golpe de Estado en Moscú y la sustitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) por la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y de Gorbachov por Yeltsin, se cerró toda una época, representada en cuarenta y cinco años de la historia del mundo. La desaparición del mundo bipolar –URSS vs. Estados Unidos (EU), Pacto de Varsovia vs. OTAN, socialismo vs. capitalismo– ocurrió en medio de sorpresivas transformaciones. Sin embargo, el imperio soviético se disolvió con traumas relativamente limitados: la insurrección rumana y los disturbios y enfrentamientos en el Cáucaso y Asia Central fueron algunos de ellos. Era, no obstante, la primera vez que un gran imperio desaparecía sin invasiones (basta recordar el imperio romano, el napoleónico, el nazismo en Alemania...) y sin una violenta confrontación interna.

Las causas de la disolución de la URSS son múltiples, y todavía materia de discusión. La burocratización y pérdida de las fuentes de la iniciativa en la sociedad, el envejecimiento y esclerosis del equipo comunista de dirección que pareció hasta



perder la fe en lo que predicaba; una economía que, privilegiando determinados sectores, se quedó al margen de la revolución de las comunicaciones y de la información; un insostenible gasto en defensa y en exploración espacial; una política exterior que se sobredimensionó al tornarse mundial a partir de 1975 y resultó superior a la capacidad del país, sin olvidar los costos de la confrontación y los golpes recibidos desde el exterior, todo esto fraguó la crisis —flagrante desde comienzos de los años ochenta—, y el fin del bipolarismo.

No puede idealizarse un sistema bipolar rubricado siempre por la tensión y las amenazas de guerra. No obstante, las dos potencias, ambas portadoras de modelos de organización social y de relaciones humanas, ambas dueñas de un poder militar-nuclear global, encabezando grandes coaliciones, mezclaron en sus relaciones elementos de confrontación y elementos de complicidad. Aceptaron reglas comunes que supieron compartir, en particular frente a su capacidad de disuasión nuclear, e impidieron que otros países complicaran el juego al pretender intervenir en él. En las crisis —Berlín, Grecia, Corea, Cuba y Vietnam, para mencionar sólo algunas— mostraron la misma adhesión a la Realpolitik y mantuvieron el control absoluto de las relaciones bilaterales y de sus aliados respectivos.

Un factor perturbador del mundo bipolar fue el surgimiento, a través de la descolonización, de nuevos Estados que se negaron a inclinarse hacia uno u otro campo y merecieron la desconfianza de ambos. Este "Tercer Mundo" padecía sus propios problemas, los del desarrollo en particular, y se convirtió en el terreno de confrontación de dos potencias que se autolimitaron siempre en los países desarrollados. Asia, África y en menor medida América Latina, parecían caer cada vez más



bajo la seducción de recetas enderezadas a conformar un Estado fuerte y una economía planificada. La contraofensiva desatada a comienzos de los ochenta, que abarcó desde Afganistán hasta América Central, pasando por África Austral y los países árabes, confirmó que en el bipolarismo había *statu quo* en el centro y movilidad en la periferia.

El juego bipolar se complicó cuando Estados Unidos, con Nixon y Kissinger a la cabeza, buscaron aprovechar las diferencias cada vez mayores entre la URSS y la República Popular China para azuzar a esta última. Y aunque el juego nunca fue realmente tripolar, dio la impresión de serlo.

De igual manera, los éxitos económicos del Japón y de algunos países desarrollados en Europa Occidental les volvieron menos dóciles, más conscientes de sus propios intereses; la única limitación que ellos aceptaban era la de no desagregar el campo occidental anticomunista.

II. EL POLO QUE SE ESFUMÓ

Puede considerarse que los Acuerdos de Viena de 1972 suscritos entre Nixon y Brezhnev fueron el punto culminante del sistema bipolar. La derrota de Estados Unidos en Vietnam en 1975, la independencia filocomunista de Angola y Mozambique y el golpe de estado en Etiopía en el mismo año marcaron los límites de la coexistencia definida en Viena. Desde otro punto de vista, el primer choque petrolero desencadenado por los países de la OPEP en 1974, tras la decisión norteamericana de suspender la convertibilidad del dólar en 1971 y luego en 1973, mostró al mundo los límites de la primacía económica de Estados Unidos, y benefició a la URSS, gran exportador de petróleo y de gas en los diez años siguientes.

Superando la crisis social en su país, los neoconservadores que llevaron a Reagan al poder recogieron el desafío de la URSS y tomaron la iniciativa: frente al comunismo, abandonaron la doctrina de la Contención vigente desde 1947, y entronizaron la de *Roll-Back* (hacerlo retroceder). Le lanzaron el reto del escudo espacial y afectaron en forma decisiva la imagen del comunismo en el mundo con un hábil manejo del tema de los derechos humanos.

La nueva generación de dirigentes de la Unión Soviética, que a mediados de los ochenta sustituyó a la gerontocracia de Brezhnev, Andropov y Chernenko, percibió la existencia de graves problemas internos. En ningún momento pareció Gorbachov aventurar un diagnóstico sobre los males que aquejaban a su país, entre los cuales la desmoralización de la población no era el menor. Tampoco pudo proponer, en consecuencia soluciones efectivas. Los "planes" se sucedían, pero no pasaban de ser simples decretos que nadie se esmeraba en aplicar.

Para imponer su visión frente a un partido escéptico y a una clase de burócratas hostiles, Gorbachov quiso crear una opinión pública mediante cierta liberalización de los medios de comunicación, con el objeto de presionar a los antirreformistas y derrotarlos. Esta transparencia -*Glasnost*- promotora de la renovación -*Perestroika*-, desbordó las intenciones del Secretario General del Partido Comunista (PC), y fragmentó al equipo dirigente y a los sectores deliberantes.

El fracasado golpe de agosto de 1991 en Moscú marcó el fin del partido comunista y de su poder, ya bien disminuido, y fue el acta de defunción de la Unión Soviética. En su desmembración,

Rusia sería su principal heredera, territorial y militarmente. Occidente movilizó toda su capacidad de presión para lograr, a cualquier precio, una rápida destrucción de las bases económicas y sociales de un eventual retorno al comunismo. A un capitalismo de Estado burocrático, que sin embargo conservó muchos bastiones, se superpuso un capitalismo de pura especulación y de servicios. La ruptura de los vínculos económicos entre las repúblicas de la ex-URSS y las de Europa Oriental integradas en el CAME, provocó una grave crisis en el sector productivo y redujo a la miseria y al desempleo abierto o disfrazado a amplios sectores de la población, hasta entonces protegidos por una generosa cobertura social. Para frenar la expansión de ideas neocomunistas entre la población trabajadora, se favoreció el desarrollo de ideas nacionalistas, xenófobas, alimentadas por el sentimiento de la dignidad nacional perdida.

Pese a la existencia de un pluripartidismo de cúpula y a las alabanzas interesadas de ciertos círculos de Occidente, no puede afirmarse que las ideas, y menos aún, las prácticas democráticas hayan progresado en Rusia. Un gobierno de oscura camarilla, agazapado detrás del complaciente Yeltsin, amparado por una Constitución hecha a su medida, se muestra cada vez menos proclive al diálogo y a la concertación. Su último argumento es el uso brutal de una fuerza militar que acaba de mostrar en Chechenia su avanzado estado de descomposición.

Con el retiro total y relativamente rápido del ejército soviético de los países en los cuales estaba presente, retiro que adquirió ribetes de deshandada, dejaron de existir el llamado "campo



socialista" y sus tratados militar -de Varsovia- y de integración económica -CAME-.

De la superpotencia que la prohió, Rusia conservó la mayor parte del poderío nuclear. Y a su lado, quién lo hubiera creído, Ucrania y Kazakstán ingresaron al exclusivo club de las grandes potencias nucleares. Pero Yeltsin mantuvo la exclusividad del código que puede activar dichas armas. Además, la presión de Estados Unidos está logrando el desarme nuclear de las dos repúblicas de Ucrania y Kazakstán.

III. UN NUEVO ORDEN MUNDIAL

Si de un mundo o sistema bipolar se sustrae o desaparece uno de los polos, la conclusión lógica es que entonces se pasa a un mundo o sistema dominado por una sola potencia; para hablar más claro, Estados Unidos.

Esta fue la conclusión del entonces presidente Bush, aun antes de la caída de Gorbachov. Se vislumbraba en esa época la consolidación de un sistema diferente que él bautizó "Nuevo Orden Mundial", dominado por Estados Unidos y última versión del Destino Manifiesto. Este orden tendría dimensiones diplomática, económica, estratégica y simbólica. La última se apoyaría en el control de las comunicaciones y de la difusión de modelos y estereotipos destinados a valorizar aquel dominio. El nuevo orden mundial era la aplicación a la nueva situación de la vieja teoría realista del poder.

La demostración de la validez de esta propuesta no tardó en llegar y fue convincente. La ocupación por Sadam Hussein de su vecino Kuwait brindó la ocasión. En pocos días, venciendo



toda suerte de obstáculos, Estados Unidos construyó contra Irak una formidable coalición en la que se codeaban Siria e Israel, y que no buscó sino el castigo ejemplar del agresor a través de una fulgurante operación militar combinada.

Lo que hizo Estados Unidos entre 1990 y 1991, ningún país en el mundo hubiera podido hacerlo. Las fallas operacionales parecieron menores, y en aquel momento pocos se percataron de que Estados Unidos debió cobrar a otros el costo inmenso de una lección que se daba por igual a amigos y enemigos. Se disertó con abundancia sobre el gendarme mundial; sobre su empleo de los instrumentos internacionales existentes; sobre la sumisión total, en aquella oportunidad, de la Unión Soviética.

Pero la demostración del Golfo árabe-pérsico no duró mucho tiempo. A los pocos meses en Somalia, y tras un desembarco de caricatura de marines asfixiados por camarógrafos del mundo entero encabezados por CNN, un encuentro con un grupo de guerreros somalíes que, a la vista del mundo entero, pasearon por las calles de Mogadiscio el cadáver de un soldado norteamericano, provocó el reembarco precipitado del mismo ejército invencible. Frente a las guerras que el derrumbe de la ex-Yugoslavia provocó, el gobierno de Washington prefirió mantenerse a distancia y dejar a las Naciones Unidas y a los europeos desgastarse persiguiendo la paz imposible. Poco después, las amenazas de unos sicarios de la dictadura militar en Haití bastaron para disuadir por unos meses la intervención militar para respaldar al presidente Aristide, democráticamente elegido.

Empezaba a soltarse el nudo del "Orden Mundial", que desapareció de los discursos oficiales.



IV. HACIA UN NUEVO SISTEMA INTERNACIONAL

La verdad es que en vez de un nuevo orden mundial, lo que aparece es un nuevo sistema internacional, cuyas características no indican que se trate simplemente de un período de transición, sino de un período de tiempo indefinido.

El sistema internacional sigue siendo mundial. Nadie queda por fuera. La permeabilidad de todos los países a sus normas aumenta gracias a la aplicación de ciertos principios, a la difusión de modelos de sociedad abierta, de libertad de intercambio de personas, bienes, ideas, modelos y técnicas. Todo tiende a uniformar este mundo de CNN e Internet.

No podemos decir que las características del sistema internacional actual sean las de una transición de un sistema a otro. Aunque, de todas maneras, siempre viviremos la transición del ayer al mañana. Lo que conocemos se engendró ayer y hoy se forman los gérmenes del mañana. Su apariencia caótica, menos ordenada que la que conocimos en el orden bipolar, no se debe a un momento transitorio. Es este nuevo "orden" el que va a ser más caótico.

El sistema podrá ser global, pero también más dislocado que el anterior. Por lo que hace a los economistas, se refieren ellos al sistema que ahora vivimos en términos de globalización y regionalización, como dos procesos a la vez contradictorios y complementarios. Estos términos también pueden emplearse para alcanzar una visión más integral de las relaciones internacionales actuales.



Hay en el sistema internacional varios centros que pueden presentar contradicciones por su naturaleza, sus orígenes, las relaciones internas de poder y los procesos de toma de decisiones que allí se presentan, pero son también relativamente complementarios, en función de los temas de la agenda internacional. Es un sistema basado en los principales países del Norte, que son a la vez los que monopolizan el poder en los organismos internacionales; los que dominan las relaciones económicas, las financieras en particular; los que disponen de una fuerte capacidad de actuación y disuasión militar. Son los que tienen también una visión global del mundo contemporáneo y una voluntad de actuar en él en función de sus intereses.

Este sistema internacional no surgió de la nada a comienzos de nuestra década. Se gestó hace muchos años cuando Francia, en el campo occidental, y China, en el campo socialista, decidieron dotarse del arma nuclear con una visión autónoma de sus funciones; aun cuando compartieran la visión de los dos grandes de la época sobre la especificidad de la disuasión nuclear.

También se constituyó a través de desarrollos económicos desiguales, que aparecieron tras el período inicial de reconstrucción que duró hasta finales de los sesenta.



A. ESTADOS UNIDOS

Según nuestra hipótesis, no es la superpotencia. No está solo y carece de capacidad para desempeñar este papel; por lo tanto, tiene que compartirlo con otros. Sin embargo es *primus inter pares* y en determinadas regiones del mundo donde los otros no aparecen mucho, puede pensarse que es todopoderoso.

En el poderío de Estados Unidos converge una serie de factores. Sus políticos alimentan la firme convicción de que debe asumir la dirección del mundo para alcanzar fines que se compendian en el predominio de la libre empresa y la promoción de la democracia, sentidos como estrechamente complementarios.

Esta visión del mundo se fortaleció con la desaparición de la Unión Soviética y su propuesta de organización diferente de la sociedad. Entre los demás países pueden existir matices frente a Estados Unidos pero no alternativas: ¿Deben existir ciertos límites a la apertura del mercado de bienes y capitales? ¿Cuál es el papel o el tamaño del Estado moderno? ¿Lo social es una consecuencia mecánica del crecimiento o necesita la implementación de una política?, etcétera.

Esta pretensión, que en cierto modo considera anacrónica la soberanía nacional, se ve respaldada por un aparato militar excepcional. El rearme de los ochenta dejó a los presidentes una herramienta que hoy no tiene rivales en el mundo. Puede que con la reducción en los gastos de defensa que se observa desde hace siete años este instrumento resulte sobrevaluado; pero queda con su capacidad de intervención en cualquier parte del mundo y su fuerza nuclear mantiene el poder de disuasión. Más



aún, en las nuevas circunstancias del mundo, Estados Unidos ha logrado mantener la OTAN, organización que algunos miembros consideraban obsoleta tras la desaparición del comunismo. Es decir que la OTAN, aún menos activa, hoy día sirve menos para disuadir al enemigo y más para controlar a los amigos.

Las relaciones internacionales de hoy tienen en cuenta la capacidad militar pero en muchos casos, y precisamente por este predominio norteamericano, tienden a buscar otros terrenos de desarrollo.

Desde esta perspectiva, las relaciones económicas adquieren cada vez mayor importancia. Si se mide la economía por el PIB global, la de Estados Unidos es la primera del mundo. Lo que no resulta tan cierto si se mide por el PIB per cápita y menos por el PIB-PPC. Pero si se observa la evolución de Estados Unidos en el medio siglo pasado, su preponderancia total de finales de la Segunda Guerra Mundial pasó a perder posiciones, tanto por la recuperación de las economías destruidas como por su escaso dinamismo propio. Su participación en el comercio mundial se redujo. Esta situación hizo crisis, como se dijo, en 1972-73 y poco a poco aumentó el déficit comercial, el de cuentas corrientes, el fiscal, y terminó Estados Unidos siendo el país más endeudado del mundo. No hay que forzar estos indicadores, pero ellos revelan problemas duraderos.

Con su poder en los organismos financieros internacionales Estados Unidos promovió una política económica dirigida hacia el mercado: reducción del tamaño de los Estados; privatización de empresas públicas; desreglamentación; liberalización del comercio exterior, de la inversión extranjera



y de los cambios. Esta política se ha vuelto consigna universal de Nueva Delhi a Buenos Aires, pasando por Varsovia. Ciertamente que del dicho al hecho hay mucho trecho y que no siempre se hace lo que se predica, por razones varias.

Por su propio peso económico, Estados Unidos no estaría en condiciones de imponer esta política; pero dispone de herramientas y argumentos de peso: el papel que el dólar conserva a nivel internacional, aun cuando esté sufriendo frente a la moneda japonesa y a la alemano-europea. Las reglas que impuso en organismos económicos y financieros internacionales, en momentos en que disfrutaba de su mayor poder. Una hábil presentación de los fracasos económicos de la URSS, cuya caída no fue solamente la de la versión en ruso de la estatización de la economía sino también de otras formas, intervencionistas, del capitalismo en Occidente o en el Tercer Mundo. Mediante la afirmación de la muerte de las ideologías se vendió, con buen éxito, otra ideología. Y este proviene, en buena medida, del control de los medios modernos de comunicación, escenario de una dura batalla aún en curso.

De Estados Unidos, de sus propuestas, surge la tesis de la globalización que, arrancando de la economía, se extendió a otras esferas de las relaciones internacionales.

Por la necesidad de mejorar su posición en la globalización controlada y de fortalecer su seguridad nacional en las fronteras terrestres, surgió la asociación con los vecinos: Canadá, económicamente integrado, pero con resistente personalidad cultural; y México, siempre sentido como amenaza. Antes de la vigencia del NAFTA el 1 de enero de 1994, México estaba ya incorporado a la zona de influencia económica de Estados



Unidos: inversión sobre todo en la industria de fronteras, las maquiladoras, que se benefician de los bajos costos locales y fijan al sur del Río Grande una mano de obra atraída por el Norte y sentida como indeseable; comercio exterior casi exclusivamente bilateral desde antes del NAFTA. Con la presión demográfica existente, el NAFTA está dirigido a estabilizar política y socialmente el caldero mexicano.

La crisis financiera que explotó en México a finales de diciembre de 1994 muestra que el peligro puede ser mayor de lo pensado y el costo imposible de sostener, aun para los Estados Unidos.

A comienzos de los ochenta la iniciativa Reagan para la Cuenca del Caribe satelizó buena parte de las islas y de los Estados allí implantados.

Más allá de este cercano extranjero, Estados Unidos juega en la geopolítica de hoy con varias cartas que quisiera mantener todas en sus manos. Se trata, en todo caso, de conservar el control sobre el resto de América Latina, de reservárselo como *hinterland*, limitando la presencia de otros o los impulsos propios. Es el sentido de la zona de libre cambio para 2005, de viabilidad dudosa, que el Presidente Clinton ofreció en Miami.

Impedir la autonomía del Este asiático, zona de fuerte crecimiento, atándola a una Comunidad del Pacífico, réplica de lo que fuera la Comunidad atlántica en tiempos de la guerra fría. Este voluntarismo de Washington tropieza con intereses locales distintos; y refleja en cierto modo un miedo parecido al que suscitaba el "peligro amarillo" denunciado en la primera mitad del siglo.



En el caso de Europa y a pesar de insistentes esfuerzos, la voluntad de autonomía, fortalecida con la desaparición del peligro comunista, prevaleció y cualquier esfuerzo de subordinación resulta probablemente inútil: poco a poco se definen las reglas del juego entre socios rivales. La OTAN constituye sin embargo un buen instrumento para frenar esta autonomía en el campo de la defensa.

Los Estados Unidos de hoy se presentan como una fuerza formidable pero con grandes desafíos en su propia sociedad y retos que, combinados, parecen superiores a sus fuerzas. Desaparecida la Unión Soviética, su enemigo de ayer, andan desesperadamente a la búsqueda del nuevo enemigo para desempeñar su vocación hegemónica. ¿Será Rusia? ¿Será China? ¿Otro? Toda respuesta es prematura.

B. EUROPA

Es sin duda un segundo polo pero más ambiguo. En efecto, ¿de qué estamos hablando?

Según los temas tratados, Europa cambia de naturaleza y hasta de dimensiones. Puede ser la Unión Europea, comunidad de quince países que unieron sus economías, tratan de darse una moneda, aspiran a la federalización para unos y a la confederalización para otros.

En muchos aspectos la Unión es el interlocutor pero, a pesar de las afirmaciones de Bruselas, ni la defensa ni la política exterior escapan de las diferentes capitales. A veces se exagera desde afuera el avance del proceso de integración y no se ve que



las decisiones son todavía nacionales, incluyendo muchas de carácter económico.

De allí que, al referirnos a Europa, dudamos siempre de si hablamos de un actor pleno o de un conjunto de actores más o menos unificados en sus intereses.

De todas maneras las reglas comunes son tales que Europa –los quince y, en la práctica, algunos otros– se convirtió en un polo fuerte de relativo dinamismo económico, aunque con problemas demográficos (envejecimiento), sociales (fuerte desempleo estructural), fiscales (herencia del Welfare State que los gobernantes se niegan a desmontar), disparidades internas (en particular entre el Sur y el Norte), etc. Pero se comparte una cultura con rasgos comunes que, en su parte práctica, hace énfasis en la democracia, una visión del mundo, de su futuro, y una voluntad de no perder el puesto que ocupó en la historia moderna. ¿Veleidades o real posibilidad?

Desde luego el poder de los europeos descansa en su fuerza económica y en su propuesta –que no modelo– para el mundo; no en su fuerza militar o en una voluntad de hegemonía.

Europa también se presenta en el mundo con un *hinterland*, sino una red de clientelas que le dan mayor proyección.

En primer lugar, prepara su ampliación al resto de Europa, en particular hacia la Europa Central y Balcánica. Que estos países no hayan encontrado todavía estabilidad política, que en economía vayan apenas a mitad de su penoso regreso al capitalismo de empresa privada, son los hechos que se aducen para dar un compás de espera a su petición de ingreso a la



Unión Europea. Y no son pretextos. Dentro de la Unión los mejores defensores de su ingreso apenas disimulan que quieren ofrecerlo como alternativa a la política de avance o profundización prevista por los acuerdos de Maastricht. Más allá de las formas concretas que pueda adoptar en los próximos años, la política europea, y la alemana en particular, es vincular a la Unión estos países (los tres Bálticos, Polonia, República Checa, Hungría, Eslovaquia, Rumania, Bulgaria, Albania y lo que se pueda de Yugoslavia, especialmente Eslovenia).

La segunda dimensión que no todos los países de la Unión ven con los mismos ojos es la orilla sur del Mediterráneo, de Mauritania y Marruecos a Israel –eventualmente Palestina– y Turquía. El objetivo estratégico es consolidar la seguridad del Mediterráneo; el demográfico, parar las migraciones sur-norte; y, por supuesto, el propio interés. A estos países no se les ofrece la adhesión que algunos piden sino una forma de asociación, de ser posible con integraciones locales como la agonizante Unión del Maghreb árabe.

Existe conciencia de la distancia cultural que separa las dos orillas del Mediterráneo y se prefiere fomentar procesos locales de desarrollo que eviten las migraciones y estabilicen los regímenes políticos de estos países, amenazados por los integristas musulmanes.

Más al sur, se considera a los antiguos imperios coloniales en el África como prolongaciones del espacio natural europeo. Una multitud de acuerdos multilaterales como el de Lomé sobre países del África, del Caribe y del Pacífico; o de ámbito más reducido: estatuto del franco africano, francofonía y Commonwealth; o bilaterales, militares y de cooperación, tejer



una apretada red de vínculos. Pocas son las potencias que desafían esta presencia europea. También allí la desaparición de los aliados de Moscú (o su conversión) y el aparente desenlace de la tragedia del apartheid menguan el interés por África.

C. EL ESTE ASIÁTICO

En esta parte del mundo también existe una ambigüedad. Cuando se menciona normalmente al Japón, al Este asiático, ha de tenerse en cuenta un número grande de países en el arco que va de Japón a Singapur, pasando por China. Más aún, estos países no tienen recíprocos acuerdos de integración, a excepción de la ASEAN (Singapur, Indonesia, Dubai, Filipinas, Tailandia y Malasia, y quizá pronto Vietnam).

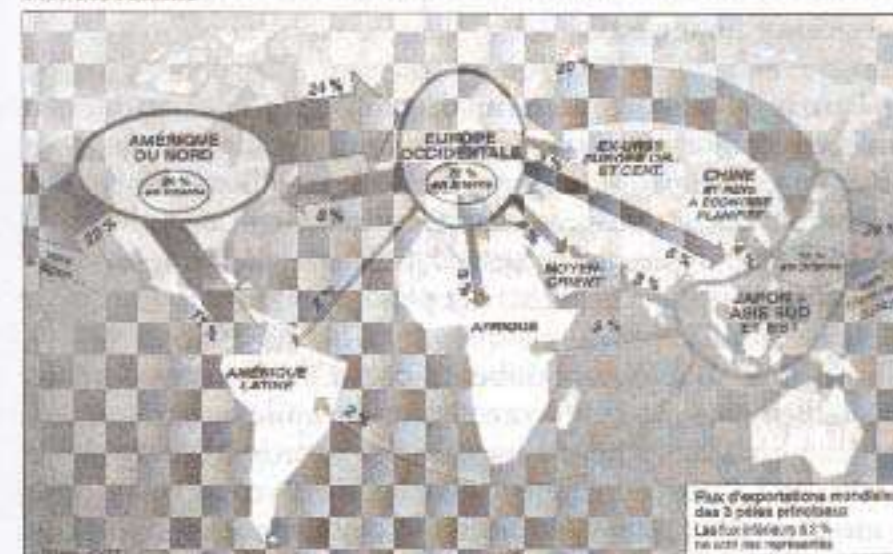
Si bien Japón ejerce sobre la mayoría de ellos preponderancia económica, existe una fuerte tensión política. Dos de ellos, Corea y Taiwan, fueron colonias del Japón hasta 1945 y casi todos los demás sufrieron los rigores de la ocupación japonesa. No quieren acuerdos políticos con Japón y alimentan fuertes recelos frente a sus proyectos. Para equilibrar las relaciones en el Este asiático muchos de ellos se acercan a China. Hong Kong será parte de China en 1997 y Taiwan y China serán un solo país, cualquiera que sea la forma concreta del reencuentro. En otros países (Singapur, Malasia, Indonesia) los chinos son factor decisivo del crecimiento y ellos mantienen fuertes vínculos con su patria.

El impresionante crecimiento de la República Popular China, su población, su fuerza militar incluyendo la nuclear, su categoría de miembro permanente de la ONU, convierten a este país en uno de los grandes que compiten con Japón en la primera



línea. Es cierto que el mundo conserva interrogantes sobre China: ¿Cómo operará el relevo generacional en la conducción del país? ¿Es compatible el modelo de crecimiento económico con la persistencia del solitario partido comunista en el poder? ¿Las disparidades crecientes entre las regiones del país pueden desembocar en una pérdida de cohesión? ¿Cómo va a manejar China sus relaciones hacia el norte con Rusia, hacia el sur con la India, hacia el este con Japón, Corea y los demás países? Todos estos interrogantes tienen sus fundamentos y tarde o temprano pueden afectar la estabilidad del sistema internacional. Frente a todas sus alternativas, el subsistema asiático es ya portador de eventuales tensiones. En esto se diferencia tanto de América del Norte como de Europa occidental.

Flujos comerciales -exportaciones- entre los 3 principales subsistemas



Los flujos inferiores a 2% no figuran en este mapa.

D. OTROS PAISES EN LA PRIMERA FILA

En este ensayo consideramos que dos países plantean problemas a la hora de preguntarnos si forman parte del primer círculo del sistema internacional.

En primer lugar Rusia, heredero principal, casi único, de la ex-Unión Soviética. Se constituyó en forma voluntarista en su heredero, a pesar de muchos factores en contra. Recibió la mayor parte del vasto territorio, gran proporción de sus habitantes –aun cuando muchos rusos se encuentran fuera de Rusia y muchos no rusos dentro– y de sus recursos naturales.

Es cierto que su economía anda a la deriva con una producción industrial que es apenas la mitad de lo que fue hace cinco años, con un capitalismo puramente especulativo en los sectores de servicios y financiero.

Pero no olvidemos que es un país con una población de buen nivel educativo; cuenta con el mayor número de ingenieros en el mundo, de gran calidad, ya que muchos de ellos son incitados a emigrar por las empresas de Occidente; con una acertada política estatal que fijara metas definidas, podría superarse el creciente retraso tecnológico del país.

Por otro lado, Rusia exhibe un poder militar considerable, probablemente el segundo en el mundo, aunque en un estado de desmoralización que se evidencia en su reciente campaña de Chechenia. Conserva lo esencial del poder nuclear global de la Unión Soviética; este solo hecho lo convierte en interlocutor directo de los Estados Unidos, por encima de los otros países.

Curiosamente y tras algunos tanteos, el estado mayor y la diplomacia parecen haber elaborado doctrinas que avalan su presencia en el mundo, aun antes que el Pentágono y el Departamento de Estado. Estas doctrinas tienden a dotar a Rusia de un espacio, el cercano extranjero –más o menos equivalente al de la antigua Unión Soviética–, en el cual los estados existentes sólo gozan de soberanía limitada, semejante a la definida por Brezhnev para Europa oriental. En esta, Rusia aspira al derecho de veto que ejerció a fines de 1994 en la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa cuando no aceptó la ampliación de la OTAN hacia el Este. De la misma manera Rusia recupera su política tradicional de protección de sus intereses en el Oriente Medio musulmán. Mantiene buenas relaciones y cierto nivel de intercambio con China y Corea y queda por ver si resurge en el Pacífico.

El caso de la India es más problemático. Con todo, es el segundo país del mundo en población. Esta crece más rápidamente que en la China, lo cual indica que no ha alcanzado su madurez demográfica. Por otro lado es una potencia nuclear y ostenta un poderío militar en la región que resulta respetable. En la era de los Nehru adoptó un modelo de desarrollo económico híbrido en el cual coexistían el capitalismo de empresa privada y un fuerte capitalismo de Estado. Este modelo, que implicó una estrecha alianza geopolítica con la Unión Soviética frente a la tenaza de China y Pakistán, se ve hoy erosionado. Sin alcanzar las tasas de crecimiento de China –cerca de diez por ciento en los últimos quince años, que le permitió duplicar su PIB en once años–, el crecimiento indio se acerca a cinco por ciento en el mismo decenio 1985-1994. Ha perdido la India el liderazgo que ejerció en otros tiempos mediante el grupo de los No Alineados y su radio de influencia es más reducido que el de



otros grandes (Maldivas, Sri Lanka, Nepal, Bután, Bangladesh y alguna presencia en África). Pero es un país celoso de su autonomía en el concierto de los grandes estados que merece seguirse de cerca.

E. ¿EXISTE UN CORAZÓN EN EL SISTEMA INTERNACIONAL?

En línea de continuidad con el desaparecido sistema bipolar, este sistema multipolar y multidimensional encuentra en la intergubernamental Organización de Naciones Unidas su centro reconocido y universal. Su Consejo de Seguridad es la instancia real de decisión. Dominado por los cinco miembros permanentes, hoy se limita el poder a los tres occidentales que rodean y controlan al secretario general y su equipo. A medio siglo de distancia, sigue imperando el dispositivo de 1945: los cinco son los vencedores; y los vencidos, Alemania y Japón, con su poder de hoy siguen al margen, aunque con mal disimuladas ansias de entrar. Entre 1960 y 1985 los países del Tercer Mundo lograron cierto poder, concretado en la elección del secretario general a través de la Asamblea General. Hoy, dispersos y clientelizados, sin metas claras, han perdido parte de la capacidad autónoma que la rivalidad entre las dos superpotencias les daba.

Pero al lado de las Naciones Unidas, teatro del poder político, se ensanchan otros escenarios de poder, en particular del económico. Este no se ejerce en el Fondo Monetario, ni probablemente mañana en la Organización Mundial del Comercio, agencias que ejecutan la voluntad de quienes los dominan y que toman sus decisiones en otra parte. El lugar puede ser el G7, que reúne informalmente jefes de Estado y de gobierno desde mediados de los años setenta.



Estados Unidos, Canadá, Japón, Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia forman, con el presidente de la CEE, un exclusivo club al que invitan, a la hora de los postres y desde 1989, al presidente de la Unión Soviética, ahora Rusia. Las primeras reuniones trataron temas monetarios después de los choques petroleros y formularon recomendaciones. Poco a poco los temas se han diversificado y asesores especiales, los *sherpas*, preparan juntos la agenda para el futuro. Los puntos pueden ir de la demografía al narcotráfico, pero pasando siempre por las cuestiones monetarias. Este club autoproclamado no es siempre unánime. Algunos se lanzan a veces con posiciones unilaterales, pero que en realidad no tienen mayores consecuencias, pues a la larga todos ellos son buenos amigos. Pero los fastos anuales del encuentro de los 7, los últimos en Italia y en Canadá, simbolizan la concertación de los nuevos grandes con exclusión de China.

En el fondo puede decirse que allí se sientan las bases del poder mundial: entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, y el G7, poder este esencialmente de consenso por el momento.

V. EL SUR EN EL NUEVO SISTEMA INTERNACIONAL

Este sistema internacional, como el anterior, gravita alrededor de los principales países capitalistas desarrollados del Norte. En el sistema bipolar los nuevos Estados emancipados, liderados por la India, Egipto, Yugoslavia... supieron conquistar cierto espacio. Como se vio, no es la situación actual.

Los del Norte han clientelizado ahora a la mayor parte de los países del Sur, huérfanos de los caudillos de su independencia.



Los sobrevivientes—Castro, Mandela—tienen suficientes tarcas en sus propios países y no se involucran en cruzadas exteriores.

Hoy el Sur no se encuentra consigo mismo. Dividido, sólo aspira a acercarse a los indicadores del bienestar—no siempre considerados en sus dimensiones contradictorias—de los principales países del Norte. Es un fenómeno de colonización cultural de sectores medios que penetran a diferentes niveles del consumismo y cultiva el culto al éxito fácil. Contempla el Sur con admiración y perplejidad los logros de los asiáticos, no siempre medidos en todos sus aspectos. Para esto, más que teorías económicas de desarrollo, se le proponen metas sin relación con el tiempo ni el lugar. El recorrido que los países desarrollados hicieron en varios siglos, tendría que repetirlo el sur en pocos años.

Las estadísticas sobre países en desarrollo, más bien optimistas, integran entre estos al Este asiático. Si se los separa, el cuadro resulta menos luminoso. África, América Latina, Asia Occidental y del Sur crecen a ritmos inferiores al promedio mundial.

El Norte contempla al Sur como un perturbador que origina los principales problemas del mundo: pobreza, migraciones sin control, contaminación, terrorismo, epidemias nuevas, drogas, fanatismos y guerras bárbaras que obligan al Norte a intervenir, a veces con argumentos filantrópicos o humanitarios, otras en defensa propia contra una amenaza. Muy pocas veces se presenta al Sur como la mala conciencia del Norte o como su otra faz ineludible.



Algunos países del Sur, discípulos aventajados, bien dotados o esforzados, se ganan la simpatía del Norte. La lista es corta; se modifica constantemente en función de los intereses del momento. En el fondo lo que el Norte quisiera es que con su ayuda algunos en el Sur pusieran orden a cambio de favores casi siempre medidos en términos comerciales.

Los más próximos, inscritos en el área de seguridad de las grandes regiones del Norte, terminan satelizados y aprovechados para contener la marcha del Sur hacia el Norte. Es el papel asignado a Turquía, a Marruecos, a México.

Esta visión se construye en el Norte, pues el Sur ha perdido la capacidad de pensarse a sí mismo. Las posiciones notables de un Prebish, de un Cardoso, duermen en las bibliotecas en la estantería de los libros que no se consultan. Tampoco aparecieron otras para sustituirlos. Sin brújula, el dirigente del Sur, en la urgencia de los problemas, sólo aspira a ser escogido para subir al barco de la prosperidad antes de que se aleje. Oscila entre los austeros consejos del FMI que él procura matizar a escondidas para amortiguar las tensiones sociales previsibles y que estallan de Bombay a Caracas, y las recetas del último mago, vendidas, a precio de oro en Davos o en otras estaciones de moda.

Este pragmatismo de las recetas, en cuya virtud la última expulsa a la anterior, postula como evidencia el fin de las ideologías, siendo esta otra ideología. Cuando en 1840 Guizot, jefe de gobierno francés, lanzaba como consigna enriquecerse, lo hacía con la ética del protestantismo. Hoy la ética ha desaparecido.



El Sur existe desde el Norte; no existe desde el Sur. Ha dejado por lo tanto de ser actor de su propia historia. Por doquiera afloran esfuerzos para pensar las complejas tareas del desarrollo, pero pocas veces van más allá de genuflexiones a la política oficial. Sin embargo, ni en la construcción de la nación entre las ruinas del colonialismo, ni en la del Estado moldado en el de la Europa de ayer, o en el de Estados Unidos hoy, ni en la búsqueda del desarrollo para los pueblos, se ha enriquecido el universalismo de los conceptos con el barro de las realidades locales. La discusión sobre universalismo o adaptación cultural-antropológica puede ser fundamental en este fin de siglo. No para negar el desarrollo o la democracia, sino para entender cómo alcanzarlos.

La visión del norte es en el fondo la que expresa Huntington cuando pronostica para mañana choques de civilizaciones en lugar del conflicto Este-Oeste. Civilizaciones no claramente definidas (culturas, religiones...) pero cuya coalición -la de Confucio y Mahoma, verbigracia- podrían amenazar el mundo; concretamente el mundo europeo-norteamericano.

En el nuevo sistema, los conflictos en el Norte se resuelven mediante la negociación y la conciliación; en el Sur, mediante la intervención: Somalia, Ruanda, Panamá, Haití, son ejemplos de ello. Como si existieran reglas del juego distintas que, más que en razones de fondo, reposan en problemas de costos.

VI. AMÉRICA LATINA EN EL NUEVO SISTEMA INTERNACIONAL

Si no fuera por el caso de México, diríamos que América Latina forma parte del Sur. Desde hace tiempo, pero hoy más



que nunca, su vocación parece conformarse con ser el Sur de los Estados Unidos. Es decir, una zona importante para la seguridad de la potencia -al menos lo ve así-, por el intercambio comercial Norte Sur y por las inversiones que allí tiene. Hasta cierto punto, América Latina ayuda a compensar los déficit que los Estados Unidos acumulan con el resto del mundo; allí cosecha sus mayores victorias: Nicaragua, Panamá, Haití, y opera sin que los otros grandes se atrevan a interferir.

Sin embargo América Latina es una abstracción que, más allá de las invocaciones líricas, encubre una treintena de Estados y territorios que tienen una difícil coexistencia. Con continuidad geográfica, relativa unidad lingüística y una cultura heredada pero asimilada en forma diversa, es una región marginal en la actividad económica mundial. Sólo se acuerda el mundo de América Latina cuando lo pone a temblar: deuda mexicana en agosto de 1982 y devaluación salvaje en el mismo país en diciembre de 1994.

Con más de 450 millones de habitantes cuyo ingreso promedio es de 2.700 dólares, realiza 3.6 por ciento del comercio mundial; su crecimiento anual entre 1970 y 1980 fue de 5.4 por ciento, y 1 por ciento en los diez años siguientes, lo que disimula una baja del producto per cápita en estos doce años.

Al considerar el producto per cápita en estos doce años, los promedios regionales no dicen toda la verdad ya que, analizados por países, las cifras pueden ser muy distintas; pero hoy sólo se considera la región como un bloque.

Las dos terceras partes de sus exportaciones son productos primarios: combustibles, minerales, productos de la agricultura, de la pesca y de la selva.



El monto y las condiciones de la deuda externa varían de un país a otro, pero en 1992 representaba en promedio el 250 por ciento de las exportaciones o el 38,1 por ciento del PIB regional. No puede decirse que la crisis de la deuda esté por detrás. Se alivió en la medida en que los más endeudados la refinanciaron y en que hay crecimiento. Mas puede resurgir en cualquier momento, cuando falte un deudor grande.

La recuperación en 1993-1994 se apoyó en una financiación de nuevo tipo, que en vez de tomar la forma de inversiones directas nuevas adquirió la forma de inversión de cartera. Estas corrientes de capital circulan a corto plazo y son particularmente sensibles a la coyuntura: la del país receptor, la del país emisor y la de terceros países. Son en parte capitales extranjeros de diversos fondos o capitales expatriados en muchos años que regresan en función de la coyuntura internacional. Su éxodo intempestivo de México y, en menor medida, de la Argentina a la vuelta de 1995, implica una terrible lección para América Latina: no todos los capitales son bienvenidos y si los países receptores no pueden condicionarlos puede ser mejor que los admitan con mesura.

Pero en materia monetaria los países de América Latina han perdido mucha capacidad. Los flujos son dirigidos desde afuera. La independencia de los bancos centrales existe con relación a los gobiernos locales, pero ésta se ganó a trueque de una supeditación mayor a la presión de los organismos financieros internacionales. A ejemplo de Argentina y en parte de Brasil, muchos países sienten la tentación de dolarizar sus monedas. Lo que podría conducirlos, en cierta forma, a la situación de Panamá con su balboa.



Frente a la languidez o el poco dinamismo que caracterizaron los esfuerzos de integración latinoamericana, el presidente Bush hizo esperar (después del presidente Johnson) una zona de libre comercio desde Alaska hasta la Patagonia. Hoy, el presidente Clinton sitúa el proyecto en el horizonte del año 2005. Es dudoso que se trate del mismo NAFTA ofrecido a México, más por razones de seguridad que por razones económicas. El costo de un año de NAFTA con México pondrá a pensar a republicanos y demócratas, a veces por razones encontradas, en el Senado de Washington. Pero si quieren mantener la presión sobre América Latina, algo ha de ofrecérsele a cada país que lo merezca.

La Guerra Fría que se desarrolló a partir de la soviétización de la revolución cubana, y se amplió en Centroamérica y el Caribe en los años ochenta, no ha terminado. El estrecho de la Florida es tal vez el último lugar del mundo donde sigue la Guerra Fría. Sirvió para extender la red de relaciones Norte-Sur en el continente. Esta red sobrevive en la esfera política y militar, y adquiere nuevas modalidades, ya se trate de la lucha contra el narcotráfico o por los Derechos Humanos.

América Latina vive un dilema que puede expresarse en términos de subordinación o autonomía. La segunda solución implica una real voluntad política concertada de los gobiernos y de sectores sociales y económicos decididos a apostar a la autonomía, desde luego sin buscar confrontaciones con nadie. Si el reciente avance de Mercosur no fuera tan precario por la situación real de sus principales socios, en particular la de Argentina, diríamos que sería un paso en esa dirección. En torno a la prestigiosa figura del presidente del Brasil, otros



países –tal vez Colombia y Venezuela de consuno– podrían participar de este esfuerzo regional para negociar en mejores condiciones con el resto del mundo; en particular manteniendo un equilibrio –hoy amenazado– entre los principales centros de poder en el mundo. Hoy no se siente mucha voluntad de autonomía y reequilibrio; la atracción del Norte es demasiado fuerte. Las condiciones podrían cambiar en breve si se hallara respaldo en una voluntad política que tendría la ventaja de ofrecer a los pueblos una meta nacional de la que hoy carecen.

VII. ¿ES ECONOMICO EL NUEVO SISTEMA INTERNACIONAL?

El Nuevo Sistema Internacional sigue siendo mundial; aunque descrito o sentido a veces como unicentrado, preferimos considerarlo como multipolar pero deformable según los temas de la agenda por considerar. Es asimétrico en cuanto se centra en el Norte y se orienta fundamentalmente a resolver los problemas del Norte, y asimétrico en el propio Norte, cuando se consideran los elementos que constituyen sus polos en cuanto a unidad interna, cohesión e intereses principales.

Existe una tendencia al economicismo en la consideración del nuevo sistema y a centrar exageradamente el interés en estos temas. Sin embargo las tensiones y conflictos que han experimentado ya en su corta vida son clásicos conflictos de poder, de límites, étnicos, demográficos y religiosos. Es un sistema relativamente bien controlado, si de conflictos en el Norte se trata; pero muy suelto en cuantos conflictos ocurren en el Sur. Por lo general, éstos adquieren la forma de conflictos intraestatales antes que interestatales, y tienen mucho que ver



con los interrogantes en cuanto al Estado y la Nación en los nuevos países.

En este sistema el Sur tiene capacidad de autonomía o bien carece de ella, según se coloque en el terreno que las potencias le quieren asignar o vaya al terreno que más le favorece: las Naciones Unidas a través de su Asamblea General, sus organismos y su Carta. En la necesaria reforma de las Naciones Unidas, es cierto que el Sur no podrá nada contra las potencias amparadas en su derecho de veto del Consejo de Seguridad; pero tampoco podrían actuar éstas contra un Sur que jugará con su capacidad de voto en la Asamblea General, donde es mayoría. Puede ser una tarea de los No Alineados el definir qué les conviene en el futuro sistema de Naciones Unidas.

En cuanto se refiere a la economía, el modelo de capitalismo liberal se le ofrece al mundo entero. Verdad es que en la práctica presenta múltiples formas y no se ve en vía de homogeneización, ni siquiera en los principales países del Norte.

La economía descansa cada vez menos en la producción y el intercambio de bienes, hoy se recarga sobre el sector terciario y se ve dominada por los servicios financieros. La desregulación que se produjo tanto al interior de los países como en el ámbito internacional, ha multiplicado el número de nuevos productos de características ciertamente volátiles. El fenómeno vulnera la capacidad de autonomía de los estados más frágiles, la inmensa mayoría, y los Estados centrales tampoco ejercen pleno dominio sobre estos problemas.

Se presenta un mercado financiero globalizado, altamente desregularizado y con un gran poder de desestabilización. En



él, cualquier decisión que tome cualquier autoridad monetaria o financiera probablemente provoca enseguida consecuencias inesperadas para el sistema económico internacional.

La economía norteamericana es uno de los actores de mayor influencia en el mercado internacional. Registra en la actualidad un proceso de crecimiento superior al esperado; en consecuencia, su banco central está tomando medidas para desacelerar la economía y evitar así un proceso inflacionario. El Banco Federal de Reservas ha incrementado varias veces la tasa de interés, pero con las siguientes limitaciones: que el incremento de las tasas no afecte su recuperación económica; necesita subirlas para evitar la depreciación del dólar frente al yen, causada por su enorme déficit comercial y de capital con el Japón. Por otra parte, esta situación le sirve al país para reducir su déficit comercial; pero una excesiva depreciación haría que los títulos de deuda para financiar el déficit se desplomaran. Estos son los criterios algo contradictorios que manejará la FED en 1995 para fijar las tasas de interés, que van en alza.

La economía liberal no ha logrado resolver uno de los problemas neurálgicos de su historia: el carácter cíclico de su evolución. En el pasado las crisis características de la fase depresiva del ciclo corto, de JUTGLAR, se reproducían con una regularidad aproximada de nueve años, con tendencia a agravarse; una de las formas de interrumpir el ciclo era la guerra como corrector de las causas que lo engendraban. En la era nuclear la guerra global es imposible, pero es factible que ciertos conflictos limitados en el Oriente Extremo, en el Oriente Medio y en América Central hayan desempeñado este papel, como lo observa Alain Joxe. El resultado, en todo caso, es limitado. Los ciclos parecen ser cada vez más cortos. Se presentan



grandes desfases entre los polos actuales. La última crisis norteamericana se desencadenó en 1989 y terminó en 1992-1993. En Europa se desencadenó en 1992 y terminó en 1994. Japón, menos afectado hasta ahora que los demás centros, recibió de pleno esta crisis en 1992 y a comienzos de 1995 la reactivación no aparece. Estos desfases se producen aun dentro de la economía principal. Estados Unidos reacciona como si existieran tres economías autónomas: costa este, costa oeste y sur, con importantes desfases entre sí. Una situación semejante tiende a existir en Europa entre Inglaterra, Alemania, Francia e Italia.

VIII. LAS COMPLEJIDADES DE LOS MERCADOS FINANCIEROS INTERNACIONALES

En el contexto de la interrelación de los mercados financieros internacionales han surgido nuevos elementos que merecen especial atención por su capacidad para generar efectos en cadena. El caso de los *edge funds* (fondos de riesgo altamente especulativos) merece un examen cuidadoso, dada la magnitud de los capitales que manejan y la relativa flexibilidad normativa a que están sujetos, lo que les permite participar con eficacia en actividades especulativas¹.

Este tipo de fondos especializados en el manejo de capitales privados actúa en el mercado de futuros y se estima (según la Commodity Futures Trading Commission) que

¹ "Nuevas reglas en los mercados financieros internacionales", documento de Asobanca: la sobre panorámica macroeconómico y financiero, 13 de junio de 1994, p. 7.



existen 800 fondos de este tipo que manejan un capital que oscila entre 35.000 y 40.000 millones de dólares, a pesar de que no son sumas comparables a las que manejan los fondos mutuos de inversión (inversionistas institucionales), que ascienden a 2 billones de dólares. Estos están bajo una regulación más estricta. Sin embargo el alto nivel de apalancamiento (nivel de endeudamiento) que requieren los fondos hace que sean sensibles a cualquier cambio de la tasa de interés y provoquen remezones importantes en el mercado de capitales².

Otro elemento que explica la inestabilidad en los mercados de bonos y acciones se encuentra en el creciente número de participantes –no profesionales– en los mercados financieros; en 1993, los inversionistas privados en Estados Unidos colocaron cerca de 1.000 millones de dólares diarios en fondos mutuos, con inversiones importantes en acciones y bonos. Esta situación representa un cambio importante en los hábitos de la población americana que induce a una mayor inestabilidad en los mercados financieros. El desvío de importantes cantidades de recursos hacia el mercado de bonos y acciones, mucho más riesgosos que los depósitos a corto plazo en los bancos, incrementan la posibilidad de que los inversionistas salgan a vender sus papeles ante cualquier modificación de las reglas (en 1987 sólo el 6 por ciento de los hogares estadounidenses invertía en fondos mutuos, mientras en 1993 más de 27 por ciento participaron en este tipo de inversiones).

² *Ibid.*



Esta tendencia es preocupante si se tiene en cuenta que varias corporaciones fuera de los Estados Unidos se están cotizando en el mercado norteamericano, desde grandes compañías multinacionales europeas y asiáticas hasta empresas pequeñas de los mercados incipientes; todo esto como resultado del “despertar del mundo industrial de la recesión y del florecimiento de los mercados emergentes. Por primera vez Wall Street se está convirtiendo en una verdadera bolsa internacional”³. Se están cotizando bajo la forma de ADR (American Depositary Receipts), que ofrecen títulos baratos con una alta liquidez y más fáciles de transar que en los mercados de donde provienen. Así, cualquier crisis en este mercado traerá como consecuencia la contaminación de los demás mercados.

Se analiza un aumento espectacular en el uso de estos instrumentos y preocupan los posibles riesgos que entrañan para el sistema financiero, “porque aunque los instrumentos financieros derivados pueden utilizarse eficazmente para reducir el riesgo a título individual, no sirven para reducir el riesgo global del sistema”⁴. Pero lo que preocupa en realidad es que el riesgo se haya concentrado en los principales bancos comerciales que se han convertido así en los agentes dominantes en algunos mercados de instrumentos derivados. Esto inquieta si se tiene en cuenta que las crisis experimentadas por las

³ “The Global Investor”, en *Business Week*, 19 septiembre, 1994, p. 41.

⁴ “Los bancos y los mercados de instrumentos financieros derivados”, en *Boletín de FMI*, 28 de febrero, 1994, p. 49.

instituciones del sector no bancario que se ven en dificultades, han influido poco o nada en el sistema. Por el contrario, cuando los bancos y otras instituciones de depósitos han tenido problemas, las consecuencias sistémicas han sido considerables.

Se ha presentado un crecimiento espectacular del mercado de instrumentos derivados y las cuantiosas pérdidas de varias firmas que llevan a cabo transacciones en este tipo de instrumentos han agravado la preocupación sobre los riesgos potenciales respectivos. En especial el hecho de que los bancos participen a fondo en las actividades propias de los mercados de instrumentos derivados (hoy se concentra en algunos grandes bancos de Estados Unidos, Japón, Francia, Reino Unido, Alemania y Suiza).

La estructura de los mercados de instrumentos bursátiles, a diferencia del bancario, facilita la evaluación y gestión del riesgo de crédito. Los riesgos pueden controlarse fácilmente porque los contratos dan lugar a un mercado casi continuo y las posiciones deben revalorarse a los precios del mercado final de cada rueda bursátil. La contraparte es la otra bolsa, respaldada con garantías de cumplimiento, márgenes de mantenimiento y líneas de crédito bancarias que la protegen frente al incumplimiento de los inversionistas y proveedores³.

Los instrumentos derivados también influyen sobre el precio de las materias primas. En la actualidad los precios del petróleo

³ *Idem*, p. 50.

dependen cada vez menos de la demanda y de la oferta; la nueva fuerza orientadora del mercado son los fondos administrados. Estos han tenido gran auge en los productos básicos, con la utilización de instrumentos derivados como los futuros. Los elementos que influyen en el precio son las tasas de interés, la inflación y los llamados factores técnicos. El reciente aumento de las tasas de interés estadounidenses alentó a algunos fondos a vender sus futuros con la idea de que la inflación estaba bajo control y que su dinero podría colocarse en inversiones de mayor rendimiento. En el mercado neoyorquino unos 100.000 contratos se negocian cada día por un valor equivalente a 100 millones de barriles, más de siete veces el total que se consume en el país, y una vez y media la demanda mundial de crudo.

Se da un notable crecimiento de las inversiones en cartera hacia los países en desarrollo. Este se atribuye sobre todo a tasas de interés inusualmente bajas en Estados Unidos, efecto de las oportunidades de inversión de los propios mercados; a las reformas económicas emprendidas en varios países de Latinoamérica para enfrentar a la crisis de la deuda; a reformas institucionales dirigidas a la integración de los mercados de valores y a las crecientes medidas de liberación financiera de dichos países.

Por el lado de la demanda, el crecimiento inicial de la inversión se financió en gran medida con el retorno del capital fugado. Además, un grupo de inversionistas institucionales se siente motivado por los beneficios de la diversificación de cartera que se derivan de la inversión de una pequeña fracción del total de sus ricos haberes en obligaciones de países en desarrollo.



Las características de este tipo de inversión revisten las siguientes connotaciones: inversión de cartera en capital social (incluidas las ofertas de acciones en el exterior en forma de recibos de depósito), fondos para países específicos, y compra directa de acciones por inversionistas extranjeros. Se ha registrado un movimiento paralelo de los empréstitos contraídos en su mayoría por el sector público, en favor de una combinación más equilibrada de acceso al capital extranjero tanto para sociedades privadas como para prestatarios soberanos.

Por eso este tipo de inversiones ofrece ventajas para sus dueños frente a las registradas en años anteriores, en el caso de enfrentar nuevas crisis. En efecto, los instrumentos de participación social como las acciones, analizando el pago de dividendos "la rentabilidad de una empresa tiende a ser procíclica, por tanto, en momentos de crisis no se producirán presiones inmediatas sobre el mercado de divisas; en efecto, hace que se reduzcan las remesas de los accionistas extranjeros en períodos de dificultades macroeconómicas y de restricciones en la disponibilidad de divisas"⁶. No sucede lo mismo con instrumentos crediticios como los bonos. Por otra parte, los flujos de capital permiten mayor liquidez, lo cual reduce las tasas de interés domésticas.

Los efectos negativos de estos flujos son el incremento del consumo, la generación de una apreciación real del tipo de cambio, lo cual redundará en una balanza comercial desfavorable. Como ocurre actualmente en México, Argentina, Chile,

⁶ "El regreso de los países latinoamericanos al mercado internacional de capitales", en *Comercio Exterior*, enero de 1992, p. 70.



Colombia y Perú. Para financiar este gigantesco déficit sin recurrir a devaluaciones de las monedas "los ministros de economía se están apoyando plenamente en la atracción de los inversionistas internacionales a títulos de deuda y acción de sus países"⁷. Esto redundará en un incremento de la deuda externa. Tendencia peligrosa, si se tiene en cuenta que los países de "América Latina concentran el 30 por ciento de la deuda de los países en desarrollo con un servicio de la deuda con respecto a las importaciones que representa el 30 por ciento, o sea una tasa altamente superior al promedio de 19 por ciento del resto de países en desarrollo"⁸. En este escenario y si las tasas de interés de los Estados Unidos continúan subiendo, es probable que el fin definitivo de la crisis de la deuda externa no se vea tan cercano; el incremento de las tasas de interés podría estimular el retorno de capitales a los países industrializados. Por otra parte, el servicio de la deuda se incrementó sustancialmente, lo cual pondría en aprietos a los países latinoamericanos que, además de esta situación, tendrían que enfrentar una balanza de pagos negativa. Es la situación que se presentó en México a finales de diciembre de 1994 creando una severa crisis en este país.

Otra tendencia preocupante es que muchas "acciones latinoamericanas se cotizan más en Nueva York que en sus plazas nacionales"⁹. Por ejemplo, en Wall Street operan hoy

⁷ "Atracción fatal", en *América Economía*, N° 85, julio de 1994, p. 35.

⁸ "Bilán économique et social 1993: record de capitaux pour les PED", en *Le Monde*, Paris, p. 39.

⁹ *Ibid.*, p. 31.



tres veces más acciones de Telmex (la empresa que encabeza la lista de mercados emergentes según una investigación del Morgan Stanley Capital) que en ciudad de México. Lo cual genera pérdida de influencia y remuneraciones de los mercados locales. Aunque falta esperar los resultados de la apertura financiera de México al capital privado, por cuyo conducto las principales entidades financieras norteamericanas habrán invertido en el país sumas cuantiosas. Otra desventaja de esta situación es que las empresas emisoras están dispuestas a proporcionar más y mejores datos en New York que en los mercados locales, lo cual se ha acompañado de la emigración de corredores y casas de bolsa latinoamericanas. La presencia de América Latina como mercado emergente será, pues, menos dinámica y tal vez más diferenciada según los países, que en los últimos años.

IX. CONCLUSIÓN

El sistema internacional se ha formado poco a poco en el seno del anterior y desaparecido sistema bipolar. Sus características lo hacen bastante volátil. Tiene ya su dinámica propia. Es poco probable que sus características globales evolucionen mucho en 1995 aun cuando en cada una de sus regiones se producirán o aparecerán hechos nuevos que merecerán el estudio de los que quieren ser actores del sistema y no simples sujetos pasivos de su evolución.



¿El retorno de los regionalistas?

BIBLIOGRAFÍA

- "Atracción fatal", en *América Economía*, N° 85, julio de 1994, p. 35.
- "Bilán économique et social 1993: record de capitaux pour les PED", en *Le Monde*, París, p. 39.
- "El regreso de los países latinoamericanos al mercado internacional de capitales", en *Comercio Exterior*, enero de 1992, p. 70.
- "Los bancos y los mercados de instrumentos financieros derivados", en *Boletín del FMI*, 28 de febrero, 1994, p. 49.
- "Nuevas reglas en los mercados financieros internacionales", documento de Asobancaria sobre panorama macroeconómico y financiero, 13 de junio de 1994, p. 7.
- "The Global Investor", en *Business Week*, 19 septiembre, 1994, p. 41.